

RESEÑA

Kathryn Renton.

Feral Empire: Horse and Human in the Early Modern Iberian World.

Cambridge: Cambridge University Press, 2024. 247 páginas.

En 1876, una caballería indígena atacó la provincia de Buenos Aires para robar 300 000 reses y secuestrar a 500 colonos.¹ En respuesta, el gobierno de Argentina lanzó la “Conquista del Desierto”, una campaña militar sangrienta para “pacificar” la frontera y abrir las pampas a la ganadería. Es difícil imaginarlo hoy en día, pero hasta finales del siglo XIX, la frontera quedaba apenas a 200 kilómetros de la capital. Durante siglos, “Argentina” estuvo acordonada por comunidades indígenas que, desde el siglo XVI, se transformaron en una poderosa fuerza al adoptar una importación española: el caballo.²

En un libro fascinante y riguroso, Kathryn Renton examina el caballo en el mundo ibérico entre el periodo medieval tardío y el siglo XVI. Su narrativa transatlántica es innovadora y fortalece significativamente una historiografía latinoamericana aún poco desarrollada. Además, cuestiona y matiza muchas interpretaciones convencionales sobre el papel del caballo y su relación con la ideología y gobernanza del imperio español. De los seis capítulos del libro (sin contar la introducción y conclusión), dos se enfocan en España, mientras que los restantes analizan la historia del caballo en el Nuevo Mundo, con énfasis particular en el Caribe, Nueva España y Perú.

El libro gira alrededor de cuatro grandes temas: estatus y movilidad social, los usos del caballo, el manejo de los hatos y los conceptos de raza y casta. Para cada uno de ellos, Renton presenta interpretaciones novedosas: que el derecho a montar a caballo no fue simplemente un privilegio dado, sino negociado; que el caballo no fue tan protagónico en la conquista como sugieren sus narraciones; que el crecimiento de la población equina dependió tanto de las prácticas de cría como de las condiciones ambientales; y que el

¹ Larson, Carolyne, ed., *The Conquest of the Desert: Argentina's Indigenous Peoples and the Battle for History* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2020), 9.

² Para una historia similar al norte de América Latina, ver Pekka Hämäläinen. *The Comanche Empire* (New Haven: Yale University Press, 2008).

cruzamiento (lo “híbrido”) fue más importante que la pureza, en términos de mejorar la raza de caballos imperiales.

Durante siglos, montar a caballo simbolizó estatus, como lo ilustra la diferencia entre un caballero y un peón. Sin embargo, ¿este derecho reflejaba una posición social preexistente o podía generarla? En la época medieval, la nobleza tenía el deber de mantener caballos y armas para la defensa del reino, y restringir el acceso al caballo aseguraba su valor como emblema aristocrático o, en el Nuevo Mundo, como símbolo de la élite española. Por ejemplo, en 1555, el franciscano Motolinía advirtió al rey que, si los indios aprendían a montar, muchos querrían “*to be equal [...] with the Spanish*” (p. 128).

No obstante, Renton demuestra que, dadas las necesidades de mantener una caballería durante la Reconquista, esta relación simbólica pudo invertirse. Es decir, montar a caballo no solo era un reflejo del estatus, sino también un mecanismo para adquirirlo. En los siglos XI y XII, afirma que “*a knight could [...] be any man horseback*” (p. 24). Como ha sucedido en otras épocas, la guerra funcionó como motor de movilidad social, y en este caso, el caballo fue el medio para ello. Ser caballero otorgaba otros privilegios, como exenciones fiscales, acceso a tierras municipales y la posibilidad de ingresar a la burocracia real, consolidando así un nuevo estatus hereditario.

Curiosamente, el mayor privilegio no era montar un caballo, sino una mula, a pesar de su simbolismo de impureza y emasculación. La Corona, preocupada por la disponibilidad de caballos para uso militar, se mostraba reticente a permitirlo. Sin embargo, cedió ante la presión de la nobleza —señalando como el caballo pudo ser objeto de negociación— y concedió permisos a quienes demostraran mantener caballos de guerra de calidad. En el Nuevo Mundo, necesidades militares similares y la flexibilidad del simbolismo equino permitieron la formación del “indio conquistador”: aliados indígenas que obtuvieron el derecho de mantener y montar caballos. Esta ambivalencia entre restringir y fomentar el uso del caballo por parte de los indígenas desafía “*the notion of the horse as a one-dimensional agent of conquest*” (p. 111).

Reconsiderar el papel del caballo en la construcción de la sociedad colonial forma parte de nuevos diálogos sobre el “intercambio transoceánico” propuesto por Alfred Crosby hace medio siglo.³ Crosby innovó al explicar la conquista europea del Nuevo Mundo no solo desde sus instituciones y cultura material, sino a través del impacto de su biota acompañante. Sin embargo, Andrew Isenberg resalta cómo esta biota —el caballo en particular— permitió a ciertos grupos indígenas resistir la invasión europea.⁴ Por su parte,

3 Alfred Crosby, *El intercambio transoceánico. Consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492* (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónomo de México, 1991).

4 Andrew Isenberg, “Between Mexico and the United States: From Indios to Vaqueros in the Pastoral Borderlands”, en *Mexico and Mexicans in the Making of the United States*, editado por John Tutino (Austin: University of Texas Press, 2012), 83-111.

Marcy Norton sostiene que el énfasis biótico de Crosby puede desviar la atención de la verdadera fuente de la conquista: los propios europeos.⁵ Renton contribuye a este debate al afirmar que “*the conclusion that horses served as agents of ecological conquest in colonial lands requires more nuance*” (p. 75).

Como parte de un análisis más matizado, Renton desafía la idea de que la población equina explotó en América simplemente por encontrar un entorno propicio. Por un lado, este crecimiento fue desigual espacialmente, como lo demuestra su recorrido geográfico de las zonas de cría. Por otro lado, la reproducción de caballos en el imperio español dependió de una interacción compleja entre factores ambientales y sociales, lo que la autora conceptualiza como una “ecología política”.

La crianza suelta de caballos (*loose animal husbandry*) incentivó la creación de normativas para controlarla y mantenerla. Los animales sueltos podían causar daños significativos, lo que llevó al Estado colonial a buscar mayor control al imponer multas, exigir guardias y, en algunos casos, expulsar hatos de zonas densamente habitadas. A la vez, la Corona protegió el derecho al pastoreo libre al limitar el uso de cercas y la privatización de tierras comunales, una política que también sirvió para evitar la consolidación de una aristocracia territorial en América. Como indica el campo de *Animal Studies*, para lo cual hay un interés creciente en América Latina, mirar animales es una forma de interrogar lo social.⁶ También demuestra las tensiones dentro del proyecto colonial, entre mantener el acceso abierto y privatizar la tierra. La encomienda, dice Renton, no fue simplemente un reconocimiento de conquista racionalizado en un discurso civilizador; también fue concebida como un mecanismo para sostener una fuerza militar. De ahí viene la medida agraria, la caballería: la tierra necesaria para mantener cierto número de caballos y hombres en armas.

Otro aspecto llamativo, en el contexto de esfuerzos imperiales por mejorar la calidad de sus caballos, fue la cuestión de la casta y la raza. Hasta el siglo XVI, el concepto de casta era más relevante que el de raza. Casta señalaba la calidad de un linaje a través del tiempo. Aunque un linaje podía tener características fisiológicas similares, no era necesario y tampoco eran fijas. Al contrario, se asociaba la raza con defectos (originalmente en una cerámica o tela) heredables. Sin embargo, para el siglo XVI la idea de raza podía captar el esfuerzo de criadores por mejorar las características de sus hatos. Por ejemplo, Felipe II buscó mejorar la raza de los caballos reales a través de un proyecto de crianza sistemático:

5 Marcy Norton, *The Tame and the Wild: People and Animals After 1492* (Cambridge: Harvard University Press, 2024).

6 Germán Vergara, “Bestiario latinoamericano: los animales en la historiografía de América Latina”, *Historia, Ciencias, Saúde – Manguinhos*, 28, supl., (2021): 187-208; Daisy Domínguez, “At the Intersection of Animal and Area Studies: Fostering Latin Americanist and Caribbeanist Animal Studies”, *Humanimalia* 8, n.º 1 (2016): 66-92, <https://doi.org/10.52537/humanimalia.9655>; y la *Revista Latinamericana de Estudios Críticos Animales*, <https://revistaleca.org/index.php/leca>

mejor vigilancia, buena documentación, la selección de sementales y el cruzamiento. Es decir, si la idea moderna de raza tiene raíces en el mundo de los animales domésticos, al principio lo híbrido fue más importante que vigilar la pureza.

A pesar del rigor de Renton, su énfasis en lo negociado, contingente y fluido da la impresión de un mundo sin bases sólidas. Un ejemplo es su sugerencia de cómo los caballos ferales “transgressed a sense of order” y “had the potential to undermine Spanish authority” (p. 146). Aunque el concepto de *ferality* ha ganado relevancia con el *Feral Atlas* de Anna Tsing y compañía, resulta curioso que los caballos ferales no tengan un papel central en Renton, a pesar del título del libro.⁷ En su lugar, la autora presta más atención a la regulación estatal de la crianza equina.

Ahora bien, Renton tampoco descuida lo material. La discusión sobre los usos militares de los caballos para cuestionar su papel en la conquista y la supuesta crisis de la nobleza es notable. Sin embargo, su énfasis en lo político y cultural puede ocultar otras lógicas. Su afirmación de que “*horse breeding was not primarily a commercial Enterprise*” parece minimizar los intereses económicos en monopolizar el comercio equino (p. 63). De igual forma, su argumento sobre la adopción indígena del caballo como un “*commensal*” busca destacar formas alternativas de conocer y manejar estos animales más allá del saber español, pero la evidencia al respecto es escasa (p. 110). La atención que presta a los indígenas “civilizados”, en vez de a los “bárbaros”, podría explicar el énfasis en cómo el simbolismo caballar español permeó el mundo indígena.

Estas observaciones, sin embargo, no demeritan la importancia del libro. *Feral Empire* es un trabajo meritorio que amplía y matiza nuestra comprensión de un animal fundamental al principio del proyecto colonial español. Convendría ampliar su análisis a períodos posteriores –también poco estudiados–, incorporar mulas y burros, y estudiar cómo los indios bárbaros –ignorados por Renton– usaron el caballo para reinventarse y resistir el colonialismo.⁸

► SHAWN VAN AUDAL

Universidad de los Andes, Colombia

sk.van20@uniandes.edu.co | <https://orcid.org/0000-0001-7328-1489>

7 Anna L. Tsing, Jennifer Deger, Alder Keleman Saxena, y Feifei Zhou, eds., *The Feral Atlas: The More-than-Human Anthropocene* (Redwood City: Stanford University Press 2021), <http://doi.org/10.21627/2020fa>

8 Ver Peter Mitchell, *Horse Nations: The Worldwide Impact of the Horse on Indigenous Societies Post-1492* (Cambridge: Cambridge University Press, 2015).